

Día Mundial del Ambiente 2015: “Buscar una alianza entre producción y conservación de la naturaleza que potencie el Norte Grande Argentino”



El Norte Grande, región que abarca la totalidad del área subtropical de Argentina (Misiones, Corrientes, Formosa, Chaco, Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja, Catamarca), es una tierra de contrastes. Por un lado, es una región de alta diversidad productiva. Cultivos como caña de azúcar, soja, porotos, cereales, arroz, algodón, tabaco, viñedos, hortalizas, tubérculos andinos, frutales tropicales (cítricos, bananas, paltas, mangos, papaya), yerba mate, té y plantaciones forestales, comparten el territorio con diversas producciones pecuarias, con la pesca (silvestre y de criadero) y con la minería.

El Norte Grande es también el área del territorio nacional con más presencia de comunidades indígenas, con 600 comunidades de 15 etnias sólo en la ecorregión del Chaco Seco o más de 1000 comunidades en el noroeste, de las cuales una buena parte aún no ha resuelto la situación de tenencia de sus territorios.

En materia ambiental, en los sistemas naturales del Norte Grande (selvas subtropicales, bosques secos, pastizales, estepas y humedales) se concentra gran parte de la biodiversidad de plantas y animales del país. La Selva Misionera y las Yungas (selvas subtropicales de montaña del noroeste), que representan en conjunto sólo 2% del territorio del país, concentran más del 50% de las especies de plantas y animales. Sin embargo, dicha biodiversidad está insuficientemente protegida. En promedio, menos del 3% está incluido en áreas protegidas, cuando los estándares internacionales a los que Argentina adhirió, indican al menos proteger un 17% de cada ecorregión para el año 2020.

Adicionalmente, y a pesar de los enormes valores de biodiversidad, las pocas áreas protegidas existentes son pequeñas (<100.000 ha c/u) y están pobremente conectadas con otras áreas silvestres, lo que las hace vulnerables e insuficientes para garantizar la conservación de la biodiversidad al largo plazo.



El Norte Grande ha sido en la última década el escenario de la ampliación de la frontera agropecuaria, incorporando unos 3 millones de hectáreas a la producción intensiva, totalizando en la actualidad una tercera parte de la tierra dedicada a las actividades agropecuarias intensivas del país (10 de los 30 millones de hectáreas). Esta situación de ampliación continuará en el futuro próximo, incorporándose unas 200.000 ha anuales, principalmente producto de la deforestación y reemplazo de pastizales naturales, que se concentran (y continuará así en el futuro) en un 90% en la región chaqueña, la ecorregión menos representada en áreas protegidas. Diversos sectores ligados a la producción agropecuaria estiman un mínimo de 5 millones de hectáreas que se sumaran a la producción intensiva agrícola y ganadera en la próxima década.

La ampliación de la frontera agropecuaria, asociada a la importante presencia de comunidades locales (campesinas, criollas y aborígenes) y de áreas de biodiversidad sobresaliente, viene generando situaciones de alta conflictividad que pueden poner en riesgo el futuro productivo de la región. A su vez, estos conflictos afectan la imagen internacional de las producciones argentinas. Por ejemplo, a pesar de que menos del 15% de la soja proviene de



áreas deforestadas en las últimas décadas, se vincula (y se objeta) a la totalidad de la soja de Argentina con la pérdida de bosques nativos. Adicionalmente, la alta variabilidad climática en ciertas áreas chaqueñas dificulta la sustentabilidad agrícola de algunas producciones. A esto se suma que algunas técnicas de conservación del suelo, como la rotación de cultivos, son inaplicables en el norte argentino por temas de costos y rentabilidad (fletes elevados y alta carga impositiva), constituyendo frenos económicos a la sustentabilidad. El conjunto de estas situaciones hacen difícil avanzar en esquemas de certificación de productos agro-ganaderos y forestales en la región, por lo que las producciones del Norte Grande podrán quedar fuera de ciertos mercados exigentes en un futuro cercano.

El desarrollo territorial sustentable ofrece la oportunidad de vincular el desarrollo económico local y regional con políticas de competitividad, descentralización y modernización del Estado, con la participación del sector privado y con la protección del medio ambiente. Favorece al mismo tiempo la implementación de políticas de cohesión y reducción de los desequilibrios regionales, a través del desarrollo de los territorios y de la construcción de redes que faciliten un mayor acceso integrado a los activos de la tierra, la infraestructura y el capital humano, la movilidad laboral y el

desarrollo de ventajas comparativas y competitivas.



Las cadenas productivas pueden ser una herramienta para implementar un proceso de crecimiento de calidad y un insumo para el desarrollo territorial que tiene que ser guiado por una planificación apropiada a escala de paisajes inmersos en una región. De esta manera, la generación del

crecimiento se vehiculiza fuertemente a través de alianzas entre los actores sociales claves de la región, apoyados por un proceso político basado en una estrategia de desarrollo territorial, con instituciones de relevancia y capacidad reconocida que propicien y lideren estos procesos, y que permitan construir visiones consensuadas que sirvan de base para establecer objetivos o “visiones” que se transformen en políticas.



De esta forma el crecimiento productivo será un aliado de la resolución de los importantes temas pendientes en materia social y de protección de los bienes y servicios de la naturaleza para garantizar el desarrollo armónico del país. Esto es sin duda uno de los principales desafíos de la temática ambiental en la Argentina de la próxima década, reconocer al sector privado como un aliado para alcanzar los altos estándares ambientales y sociales para el Norte Grande que aún estamos lejos de lograr.

Alejandro D. Brown,
Presidente Fundación ProYungas